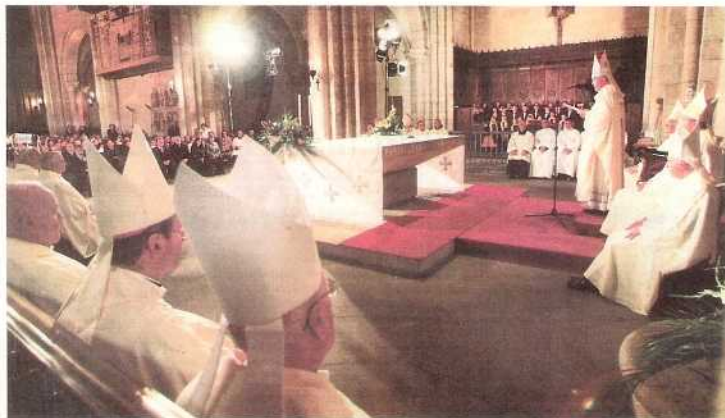


Sociedad



La espectacularidad de la ceremonia celebrada en la catedral mondinoense revivió el esplendor de las liturgias de siglos pasados. (Foto: I. G. G.)

San Rosendo revive en Mondoñedo

La catedral albergó la clausura del Año Jubilar, en la que participaron diócesis de Galicia, Asturias, Astorga y Braga para recordar a una gran figura de la Europa medieval

CRÓNICA Rodrón Loureiro

REDACCIÓN | Las viejas piedras de Mondoñedo, labradas a fuerza de música de campanas, de latines y también —cómo no decirlo ahora, en estas circunstancias...— de lo que entre ellas soñaron desde Fray Antonio de Guevara hasta Álvaro Cunqueiro, contemplaron ayer una ceremonia cuyas liturgias recordaron el esplendor episcopal de otros tiempos.

Las diócesis de Galicia, Asturias, Astorga y Braga celebraron juntas, bien podría decirse que hermanadas, en la muy venerable ciudad medieval, entre miras y hábitos de caballeros del Santo Sepulcro y de la Orden de Malta, la clausura del Año Jubilar de San Rosendo.

Era, el de ayer, un día muy de otoño. Una de esas jornadas de noviembre. Mes dos Santos, en las que el humo de las chimeneas —porque en Mondoñedo, afortunadamente, aún hay chimeneas que dan testimonio de la vida que la ciudad guarda dentro de sí— tendía a quedar se tumbado, lacazaneando, sobre los tejados de losa de las casas; de unas casas, con mucha frecuencia, blasonadas.

A primera hora de la mañana, en la alto de la catedral («pastoreando os ventos», que decía el propio Cunqueiro, permítasenos de nuevo citar), la talla de piedra que representa a San Rosendo, patrono de la diócesis que hace diez siglos fue la suya, contemplaba, impasible, los preparativos de la ceremonia. Había, en la plaza que vio

decapitar al mariscal Pardo de Cela, quienes se quejaban de lo temprano de la hora: «Mira se isto non se podía pór un orgo máis tarde...». Pero los organizadores replicaban, pragmáticos: «Para poder sacalo por televisión en directo, non había outra posibilidades».

Contra el desencanto

Y así comenzó, puntual, a las diez y media de un domingo tan frío, la ceremonia catedralicia. La basílica, siempre imponente (los obispos y sacerdotes concelebrantes, el cabildo, los hábitos de los caballeros), sobrecogía, al visitante.

El arzobispo de Santiago de Compostela, el prelado de la ciudad con la vista puesta en el próximo Xacobeo ya aguarda por el Papa, invocaba el ejem-

plo de San Rosendo: «A esperanza cristiá —decía, ayer, monseñor Barrio— axuda a superar a angustia, o escépticismo e o desencanto; en medio da indiferencia relixiosa que dá espazo aos falsos profetismos, a presuncións temerarias e a pietismos estériles, a norma da vida cristiá é Cristo e o seu Evanxeo».

Manuel Sánchez Monje, el prelado mondinoense, recordaba que el legado de San Rosendo es una invitación permanente a apostar por la «ef com-prometida», por la «labor social» con quienes nada tienen y, por supuesto, por la «reconciliación».

En palabras del teólogo Segundo Leonardo Pérez López, «San Rosendo é a proba de que a cultura de Galicia ten raíces fundamentalmente cristiás».

PERFIL SAN ROSENDO

Un libertador de siervos unido a la Corona por lazos de sangre

San Rosendo, que vio la primera luz, no muy lejos de Braga, en el año 907, y que falleció en Celanova siete decenas más tarde, era hijo de Gutier Menéndez y de Iladaura Eriz. Nació, por tanto, en una familia estrechamente unida, por lazos de sangre, a los reyes de Galicia y de León.

A los 18 años ya fue obispo de las tierras de lo que hoy es la diócesis de Mondoñedo-Ferrol. Más allá de su labor religiosa, que lo convirtió en uno de los grandes reformadores del monacato, llegó a regir los destinos de Galicia, por expreso deseo de la Corona. Fueron años de constantes inquietudes por las amenazas y los daños ocasionados por las incursiones sarracenas, de normandos y piratas que merodeaban las costas.

Hizo frente a las invasiones normandas y dedicó su fortuna a socorrer a los pobres y a liberar cautivos. Quiso, por último, retirarse a un convento para acabar sus días.



San Rosendo fue ordenado obispo a los 18 años